EL AMOR LLEGA CUANDO ESTÁS PREPARADO

QUERERTE NO ES SÓLO CUESTIÓN DE SUERTE

KATE EBERLEN

LA INCREÍBLE HISTORIA QUE ESTÁ ENAMORANDO AL MUNDO

Planeta

QUERERTE NO ES SÓLO CUESTIÓN DE SUERTE

Planeta Internacional

KATE EBERLEN

QUERERTE NO ES SÓLO CUESTIÓN DE SUERTE

Traducción de Maia Figueroa Evans

Planeta

Edición no venal

Extracto

Título original: *Miss You*

© Kate Eberlen 2016
© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición del libro completo: enero de 2017
ISBN de la obra completa: 978-84-08-16649-8
Composición: Víctor Igual, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Agosto de 1997
Tess

En la cocina de casa teníamos un plato que mi madre había comprado en un viaje a Tenerife. La leyenda pintada a mano decía: «Hoy es el primer día del resto de tu vida».

Nunca había reparado en él más que en el trofeo de canto de mi padre o en el globo de nieve de Nueva York que mi hermano Kevin nos había enviado unas Navidades y, sin embargo, el último día de las vacaciones no era capaz de quitármelo de la cabeza.

Cuando desperté, el interior de la tienda de camping tenía un resplandor naranja, como un farolillo hecho con una calabaza. Abrí la cremallera con cuidado para no despertar a Doll y asomé la cabeza al sol deslumbrante de la mañana. El aire aún estaba fresco, y a lo lejos se oía el repicar de las campanas. Escribí la palabra *plañidero* en el diario con un asterisco al lado, para buscarla en el diccionario al llegar a casa.

Las vistas de Florencia desde el camping —todo cúpulas de terracota y torres de marfil blanco que relucían en contraste con el azul del cielo— eran tal como se suponía que debían ser, que tuve una extraña sensación de tristeza. Como si ya las echase de menos.

En cambio, había otras muchas cosas que no añoraría, como dormir en el suelo —porque después de unas pocas horas daba la sensación de que las piedras se te incrustaban en la espalda—, vestirme en un espacio de menos de un metro de altura o caminar hasta el edificio de las duchas para acordarme al llegar allí de que me había dejado el rollo de papel higiénico en la tienda. Es curioso que, cuando se acerca el final de unas vacaciones, parte de ti no quiere que se acaben jamás y otra parte está deseando recuperar la comodidad del hogar.

Llevábamos un mes de Interrail por toda Francia e Italia y habíamos dormido en estaciones, bebido cerveza con unos holandeses en el camping y sufrido las quemaduras del sol a bordo de trenes lentos y pegajosos. A Doll le llamaban la atención las playas y los Bellini, mientras que yo era más de mapas y monumentos. No obstante, nos llevábamos igual de bien que siempre, desde que, con cuatro años, coincidimos el primer día de colegio en la escuela Saint Cuthbert's y Maria Dolores O'Neill me preguntó: «¿Quieres ser mi mejor amiga?». Fui yo quien le abrevió el nombre a Doll, por Dolores y porque era una muñeca.

Éramos distintas, pero nos complementábamos. Siempre que yo se lo decía, Doll respondía que sí, que quedábamos muy bien la una al lado de la otra. Y, si yo comentaba que no me refería a eso, se reía y decía que ya lo sabía, pero nunca estuve segura de que así fuese. En las relaciones más íntimas desarrollamos una especie de lenguaje especial, ¿verdad?

Los recuerdos que guardo del resto de los lugares que visitamos durante aquel viaje son como postales: el anfiteatro de Verona iluminado delante de un cielo oscuro como la tinta; la bahía azur de Nápoles; el sorprendente esplendor y colorido de la bóveda de la capilla Sixtina. En cambio, podría reproducir hora por hora, casi paso a paso, ese último día que pasamos en Flo-

rencia sin preocupación alguna: el día antes de que me cambiase la vida.

Por las mañanas, Doll tardaba mucho más en prepararse que yo, porque jamás salía sin maquillaje completo. Ni siquiera por aquel entonces. A mí me gustaba disfrutar de un rato a solas, y esa mañana lo deseaba más que otros días, pues daban las notas del último curso del instituto y estaba intentando serenarme antes de averiguar si las mías valdrían para la plaza de universidad que había solicitado.

La noche anterior, de camino al camping y en lo alto de una colina, había visto la fachada iluminada de una iglesia hermosa pero incongruente: como un joyero en mitad de un bosque. A plena luz del día, la basílica era mucho más grande de lo que había imaginado, y, mientras subía la magnífica escalinata barroca que llevaba hasta allí arriba, me vino a la cabeza una idea peculiar: sería el lugar perfecto para una boda. Pensar cosas así no era propio de mí, pues hasta entonces no había tenido novio, y ni mucho menos me imaginaba con un vestido largo y blanco.

Las vistas desde la terraza de arriba eran tan estimulantes que de pronto sentí el impulso irracional de prometerme a mí misma, tal como se hace a los dieciocho años, que algún día regresaría. Al hacerlo, me dieron ganas de llorar.

No se veía a nadie más por allí, pero empujé la pesada puerta de madera y ésta se abrió. Después de la luminosidad de fuera, el interior estaba tan oscuro que tardé un rato en acostumbrar la vista. El ambiente era unos grados más fresco que el cálido exterior y en el aire flotaba el olor a polvo e incienso de las iglesias. Sola en la casa del Señor, subí los escalones hacia el presbiterio apurada por el sonido irreverente de mis sandalias. Justo cuando estaba mirando el rostro gigante e impasible de Jesús y rezando por que me diesen buenas notas, de pronto el ábside se inundó de luz como por arte de magia.

Di media vuelta y me sobresalté al ver a un chico larguirucho, más o menos de mi edad, junto a la caja de la pared donde se metían las monedas para encender las luces. Llevaba el pelo castaño y húmedo peinado hacia atrás, y su vestimenta era aún menos apropiada que la mía: camiseta de tirantes y zapatillas de deporte. Hubo un instante en el que podríamos habernos sonreído o dicho algo, pero pasó cuando ambos, muertos de vergüenza, nos fijamos en la enorme bóveda de mosaico dorado. La luz se apagó con un ruido sordo de forma tan contundente e inesperada como se había encendido.

Miré la hora en aquella penumbra, como queriendo dar a entender que mi intención era dedicar más atención a la imagen, tal vez incluso contribuir con un minuto de electricidad si no fuese porque ya se me hacía tarde. Cuando llegaba a la puerta, oí el ruido sordo de nuevo y, al levantar la vista y ver el rostro iluminado y solemne de Cristo, sentí que lo había decepcionado.

Cuando llegué al camping, Doll ya estaba peinada y pintada.

—¿Cómo era? —preguntó.

—Bizantina, creo —contesté.

—¿Eso es bueno?

—Sí, muy bonita.

Después de un par de capuchinos y bollos de crema —sorprende que en Italia hasta los tentempiés de los bares de camping estén deliciosos—, recogimos los bártulos y decidimos ir directas a la oficina de correos de la ciudad, desde donde yo podía hacer una llamada internacional y que me diesen las notas. De ese modo, no tendría que estar pensando en ello todo el día. Aunque fuesen malas noticias, quería saberlo; lo que no soportaba era estar en el limbo y no averiguar qué me deparaba el futuro. Así que fuimos a pie hasta el *centro storico* mientras yo

iba cotorreando de cualquier cosa, excepto del asunto que me tenía tan preocupada.

Cuando marqué el número de casa, el miedo me hacía tanto ruido en la cabeza que creí haber perdido la capacidad de hablar.

Mi madre contestó después de un solo tono.

—Hope va a leerte las notas —dijo.

—¡Mamá! —grité.

Pero ya era demasiado tarde: mi hermana pequeña ya estaba al teléfono.

—A leer las notas —repitió.

—Venga, va.

—A, B, C... —recitó despacio, como si practicase el alfabeto.

—¿No es maravilloso? —interrumpió mi madre.

—¿El qué?

—Has sacado A en Lengua, B en Historia del Arte y C en Religión y Filosofía.

—¿En serio?

La plaza que me habían ofrecido en el University College de Londres era a condición de que sacase dos B y una C, así que mis notas eran aún mejores de lo que necesitaba.

Asomé la cabeza fuera de la cúpula de metacrilato y le enseñé a Doll un pulgar hacia arriba.

Al otro lado, mi madre vitoreaba y Hope se unió al coro. Me las imaginé a las dos en la cocina, junto a la estantería de los adornos donde estaba el plato que decía: «Hoy es el primer día del resto de tu vida».

Para celebrarlo, Doll propuso sentarnos en una terraza de la piazza Signoria y fundirnos el dinero que nos quedaba en una botella de *spumante*. Ella tenía más dinero que yo, porque mien-

tras se sacaba el diploma trabajaba media jornada en una peluquería, y llevaba anhelando sentarse de nuevo en una terraza desde el día que tomamos un capuchino en la piazza San Marco y sin darnos cuenta gastamos el presupuesto que teníamos para pasar todo el día en Venecia. A los dieciocho, a Doll ya le tiraba el glamur. Pero eran las diez de la mañana y pensé que, por mucho que hiciésemos durar la botella, al acabarla aún tendríamos por delante unas cuantas horas para tomar el tren nocturno a Calais y, tal vez, también dolor de cabeza. Y soy muy práctica.

—Lo que tú digas —se resignó Doll con desilusión—. Es tu celebración.

Yo quería ver muchas cosas: los Uffizi, el palacio Bargello, el Duomo, el baptisterio, Santa Maria Novella.

—Estás hablando de iglesias, ¿no?

No podía engañar a Doll con los nombres italianos.

Ambas nos criamos en la fe católica, pero, a esas alturas, para Doll ir a misa era aquello que le impedía dormir los domingos por la mañana. Por mi parte, creía que describirme a mí misma como agnóstica me haría parecer más interesante, a pesar de que a menudo me sorprendiese rezando por varias cosas. Para mí, las iglesias de Italia eran sobre todo lugares relacionados con la cultura, no con Dios. A decir verdad, era una actitud algo pretenciosa, pero podía permitírmelo porque estaba a punto de ir a la universidad.

Después de dejar las mochilas en la consigna de la estación, hicimos un circuito rápido del Duomo, nos fotografiamos la una a la otra delante de las puertas doradas del baptisterio y, mientras callejeábamos hacia Santa Croce, nos detuvimos en una *gelateria* artesana muy pequeña que justo abría en ese momento. A las diez de la mañana, el helado satisfizo las ansias de decadencia de Doll. Cada una escogió tres sabores de los reci-

pientes cilíndricos que había tras el cristal, dispuestos como una caja de pinturas gigante.

Yo pedí un trío refrescante de mandarina, limón y pomelo rosa.

—Demasiado en plan desayuno —dijo Doll.

Ella se permitió el lujo de elegir marsala, cereza y fondant de chocolate, combinación que describió como «orgásmica» y que la tuvo de buen humor durante la hora que estuvimos viendo murales de Giotto.

Lo divertido de ver obras de arte con Doll era que decía cosas como: «Los pies tampoco se le daban muy bien, ¿no?». Sin embargo, al salir de esa iglesia quedó claro que ella ya había visto suficiente cultura para un día, y el calor urbano de mediodía empezaba a resultar opresivo, así que se me ocurrió coger el autobús a Fiesole, una ciudad antiquísima en la falda de la montaña sobre la que había leído en la *Rough Guide*. Nos pusimos junto a la ventana del autocar y el aire que entraba fue todo un alivio.

Después de las calles abarrotadas de Florencia, la tranquilidad de la plaza mayor de Fiesole resultaba impresionante.

—Vamos a celebrarlo con un *menu turistico* —propuse, pues había decidido derrochar el poco dinero que tenía ahorrado para las emergencias.

Nos sentamos en la terraza del restaurante, desde donde Florencia no era más que una ciudad en miniatura que asomaba en la distancia, como el fondo de un cuadro de Leonardo.

—¿Has planeado alguna actividad educativa para esta tarde? —preguntó Doll.

Estaba limpiándose las comisuras de la boca tras haber devorado un plato de *spaghetti pomodoro*.

—Hay un teatro romano —admití—, pero no me importa ir sola, la verdad.

—Joder con esos romanos, estaban por todas partes, ¿eh? —respondió Doll.

Sin embargo, estaba tan satisfecha que me acompañó.

Éramos las únicas visitando el lugar. Doll se tumbó a tomar el sol en las gradas de piedra mientras yo exploraba. Cuando aparecí en el escenario, se incorporó y me aplaudió. Le hice una reverencia.

—¡Di algo! —gritó Doll.

—«El mañana y el mañana y el mañana...» —recité Macbeth en voz alta.

—¡Más! —clamó Doll, y sacó la cámara.

—¡No me acuerdo de más!

Bajé del escenario de un salto y trepé por los escalones empinados.

—¿Te hago una foto?

—Mejor una de las dos juntas.

Con la cámara colocada tres gradas más arriba, Doll calculó que podía enmarcarnos con las colinas toscanas de fondo.

—¿Cómo se dice «patata» en italiano? —preguntó.

Puso el temporizador en marcha, bajó a toda prisa y llegó a mi lado justo a tiempo de oír el clic del obturador.

En mi álbum de fotos, parece que estemos tirándole besos a la cámara. Los puntos adhesivos se han vuelto amarillentos y el plástico protector está muy frágil, pero los colores, el blanco de la piedra, el cielo azul, los cipreses verdinegros, están tan vivos como en mis recuerdos.

Rodeadas del jaleo de los grillos que se escondían entre los árboles, esperamos el autobús de regreso a Florencia en un silencio muy poco característico de nosotras.

Al final, Doll reveló lo que le rondaba por la cabeza.

—¿Crees que seguiremos siendo amigas?

—¿A qué te refieres? —Fingí que no sabía de qué hablaba.

—A cuando estés en la universidad, con gente que sepa de libros y de historia y cosas así...

—No seas boba —repuse con confianza.

Sin embargo, esa idea traidora ya se me había pasado por la cabeza: la posibilidad de que al año siguiente tal vez estuviese de vacaciones con personas que quisieran ver la pequeña colección de jarrones griegos pintados del museo local o que disfrutasen comparando la obra de Miguel Ángel y de Donatello, y de las otras Tortugas Ninja, como los llamaba Doll.

«Hoy es el primer día del resto de tu vida.»

Siempre que me permitía pensar en el futuro, se me hacía un nudo en el estómago. Era la emoción y el miedo.

De regreso en Florencia, dimos un leve rodeo para tomar otro helado. De nuevo, Doll no pudo resistirse al de chocolate, aunque esa vez lo pidió con melón. Yo elegí pera, que sabía a la esencia de cien peras Williams de maduración perfecta, pero con frambuesa: tan ácida y dulce como un recuerdo veraniego de infancia.

El Ponte Vecchio estaba algo más tranquilo que al principio del día, lo que nos permitió echar un vistazo a los escaparates de las diminutas joyerías. Doll descubrió una pulsera de plata con colgantes mucho más barata que el resto de los artículos, así que nos agachamos para pasar por la puerta y nos hicimos hueco en el estrecho interior.

El propietario nos mostró la delicada cadena con réplicas en miniatura del Duomo, del Ponte Vecchio, de una botella de Chianti y del *David* de Miguel Ángel.

—Es para niños —dijo.

—¿Por qué no la compro para Hope? —propuso Doll, ansiosa por encontrar cualquier excusa para gastar el dinero que le quedaba.

Es probable que ambas imaginásemos, mientras observábamos al dependiente envolver la pulsera en papel de seda y meterla en una cajita de cartón con un estampado de flor de lis dorada, que mi hermana la guardaría en un lugar seguro y que, de vez en cuando, la sacaríamos y la desenvolveríamos juntas para admirarla con reverencia, como si fuera una herencia valiosísima.

En la calle, la luz había dejado desamparados los edificios antiguos y el ruido de la ciudad había disminuido. En el agradable aire templado flotaba la suave melodía de jazz del clarinetista que tocaba en la calle. En el centro del puente, esperamos a que hubiese un hueco entre el gentío para hacernos fotos con el cielo dorado del atardecer de fondo. Se me hacía raro pensar que apareceríamos en cientos de repisas de salones desde Tokio a Tennessee, presentes en segundo plano en las fotos de otros turistas.

—Me quedan dos disparos —anunció Doll.

Eché un vistazo a mi alrededor y me fijé en una cara que me resultaba familiar y que no identifiqué hasta que le sonreí y él frunció el ceño confundido: era el chico que había visto por la mañana en San Miniato al Monte. Con los últimos rayos de sol, su cabellera tenía un matiz rojizo, y en ese momento llevaba un polo color caqui y pantalones de pinzas. Estaba junto a una pareja de mediana edad que parecían sus padres y daba la impresión de encontrarse algo incómodo.

Le tendí la cámara.

—¿Te importa?

Su mirada perpleja me hizo preguntarme si era inglés, pero de pronto esa tez pálida y pecosa se ruborizó de la vergüenza y respondió:

—No, ¡en absoluto!

Mi madre habría descrito su acento como el de una persona «bien hablada».

—Decid «patata».

—¡Parmesano! —gritamos Doll y yo a coro.

En la foto tenemos los ojos cerrados: nos estábamos riendo de la gracia que acabábamos de hacer.

Teníamos todo un compartimento de seis literas para nosotras dos, así que nos tumbamos en las de abajo y, mientras compartíamos una botella de tinto y el tren viajaba a través de la noche, repasamos los recuerdos de las vacaciones. Yo me había quedado con las vistas y los monumentos.

—¿Te acuerdas de las flores de la escalinata de la piazza Spagna?

—¿Flores?

—¿Tú has venido de vacaciones conmigo?

Doll se había fijado en los hombres.

—¿Te acuerdas de la cara que puso aquel camarero de la piazza Navona cuando dije que me gustaba el pescado?

Ese día habíamos descubierto que en italiano aquella frase significaba otra cosa.

—¿Cuál ha sido tu comida favorita? —preguntó Doll.

—El *prosciutto* con melocotón del mercado de Bolonia. ¿Y la tuya?

—Esa especie de pizza con anchoas y cebolla de Niza estaba deliciosa.

—*Pissaladière* —apunté.

—¡No seas impertinente! —respondió ella con una sonrisa.

—¿El mejor día?

—Capri —dijo Doll—. ¿El tuyo?

—Creo que hoy.

—¿El mejor...?

Doll se había quedado dormida, pero yo no conciliaba el sue-

ño. Cada vez que cerraba los ojos, me veía en la pequeña habitación que había reservado en la residencia universitaria. Hasta ese momento no me había permitido habitarla ni siquiera en la imaginación y, en cambio, ahora estaba allí, emocionada, colocando mis posesiones en las estanterías, poniendo el edredón en la cama y pegando el póster nuevo de *La primavera* de Botticelli con masilla adhesiva. De momento, aún lo tenía enrollado, dando bandazos en el portamaletas. ¿En qué planta estaría el dormitorio? ¿Tendría vistas de los tejados de las casas o de la Torre BT como la que nos habían enseñado el día de puertas abiertas? Tal vez diese a la calle, desde donde podría ver pasar los techos rojos de los autobuses de dos plantas, oír el sonido repentino de las sirenas de la policía y sentirme como en una película.

A medida que el tren empezaba a enfilar los Alpes, el ambiente del compartimento refrescó, y tapé a Doll con el forro polar. Murmuró un «Gracias» pero no llegó a despertarse, y yo me alegré, porque ese rato a solas me parecía un privilegio: yo y mis planes, viajando de una fase de mi vida a la siguiente.

Debí de dormirme ya de madrugada, y me desperté con el traqueteo del carrito del desayuno. Doll contemplaba con desaliento las gotas viscosas de lluvia que se perseguían por el cristal mientras el tren atravesaba a toda velocidad las llanuras del norte de Francia.

—Me había olvidado del mal tiempo —se lamentó, y me pasó un café amargo en vasito de plástico y un cruasán con envoltorio.

No es que esperase decoración de banderitas ni a los vecinos formando en la calle para recibirme, pero mientras subía Conifer Road después de acompañar a Doll hasta su casa en Laburnum Drive, comprobé con inevitable desilusión que todo seguía

igual. La urbanización, toda de viviendas de protección oficial, era de finales de los sesenta, momento en el que las casas rectangulares con fachadas mitad de ladrillo claro y mitad de estuco blanco, y los jardines comunitarios en lugar de privados, debían de ser la vanguardia de la modernidad. Todas las calles tenían nombres de árboles; sin embargo, aparte de unos cuantos cerezos ornamentales de troncos largos y finos, nadie se había molestado en plantar nada. Los propietarios de algunas de las casas con opción a compra habían añadido una galería con doble cristal en la fachada delantera o una extensión a la sala de estar, pero las viviendas normales seguían pareciendo cajitas. Viéndolas con la distancia que me daba haber estado fuera todo un mes, tuve claro que aquel lugar se me había quedado pequeño.

A pesar de que mi madre no sabía exactamente a qué hora llegaba, me sorprendí de ver que ni ella ni Hope estaban esperándome junto a la ventana o sentadas en el césped de delante de casa. Hacía una tarde muy agradable: tal vez mi madre hubiera llenado la piscina hinchable en el jardín de atrás. Quizá estuviesen chapoteando mucho y por eso no oían el timbre.

Al cabo de un rato, al otro lado del cristal esmerilado, apareció una silueta menuda y conocida.

—¿Quién es? —preguntó Hope.

—¡Yo!

—¡Es yo! —gritó ella.

Nunca me quedaba claro si Hope estaba jugando o siendo pedante.

—¡Tres! —añadí—. Venga, Hope, ¡abre la puerta!

—¡Es Tres!

Oí que mi madre contestaba desde algún rincón de la casa, pero no entendí lo que decía.

Hope se arrodilló para hablar por la ranura del buzón, en la parte baja de la puerta.

—Cojo la silla de la cocina.

—Usa la de la entrada —le indiqué a través del buzón.

—¡Mamá dice cocina!

—Vale, vale...

¿Por qué no bajaba mi madre? De repente me sentí cansada e irritable.

Por fin, Hope consiguió abrir la puerta.

—¿Dónde está mamá? —pregunté.

En casa hacía un poco de fresco y no se olía el aroma cálido de la cena.

—Ahora se levanta —respondió Hope.

—¿Está malita?

—Cansada.

—¿No ha llegado papá?

—A lo mejor está en el pub —dijo Hope.

Me quité la mochila como pude, y mi madre apareció al final de la escalera. Pero, en lugar de bajar aprisa y encantada de verme, lo hizo escalón a escalón, con cuidado y sin soltarse de la barandilla. Lo atribuí a que llevaba zapatillas de andar por casa y el pantalón del chándal rosa descolorido que se ponía para la clase de aeróbic. Parecía distante, casi enfadada, y, mientras llenaba el hervidor de agua del grifo, no me sostuvo la mirada ni un instante.

Miré la hora: eran más de las ocho. Se me había olvidado que en esa época del año en Inglaterra seguía siendo de día hasta mucho más tarde. Empecé a pensar que debería haber buscado una cabina y llamar a casa nada más desembarcar del ferri, pero no me parecía una ofensa tan grande como para que mi madre no me dirigiese la palabra.

Me di cuenta de que no se había cepillado el pelo. Y a mi llegada ella estaba en la cama. Cansada, según había dicho Hope. Había tenido que arreglárselas ella sola durante cuatro semanas.

—Ya lo hago yo —me ofrecí, y le cogí el hervidor.

Sentí una punzada de alarma al ver la colección de tazas sucias en el fregadero. Mi madre debía de estar realmente cansada, pues ella siempre tenía la casa como los chorros del oro.

—¿Dónde está papá? —pregunté.

—En el pub, me imagino —respondió ella.

—¿Por qué no te vuelves a la cama y yo te subo el té?

Para mi madre no había nada que resultase demasiado esfuerzo, por eso me sorprendió que contestase:

—Vale. —Entonces, como si acabase de recordar que había estado fuera, añadió—: ¿Qué tal las vacaciones?

—¡Genial! Han estado fenomenal.

Me dolía la cara de tanto sonreírle, y ella no me devolvía la sonrisa.

—¿Y el viaje?

—Bien.

Ella ya estaba subiendo la escalera.

Cuando le llevé el té, la puerta del cuarto de mis padres estaba abierta, y antes de entrar alcancé a ver su reflejo en el espejo del tocador. ¿Sabes cuando observas a alguien que no es consciente de que lo estás mirando y te parece diferente? Mi madre estaba tumbada con los ojos cerrados, como si le hubieran absorbido hasta la última gota de vitalidad y hubiesen dejado un despojo sin sustancia, un eco de sí misma. La contemplé un par de segundos, pero enseguida se percató de que yo estaba allí plantada y se movió.

Me lanzó una mirada con los ojos brillantes de ansiedad y, con ella, me telegrafió un mensaje: «No preguntes delante de Hope». Cuando se dio cuenta de que había subido yo sola, los cerró de nuevo con alivio.

—Vamos a incorporarte —dije.

Se apoyó en mí mientras le ahuecaba las almohadas, y me dio

la sensación de que su cuerpo era frágil y ligero. Media hora antes estaba subiendo por Crescent Road, aborreciendo lo común y conocido que me parecía todo, y de pronto las cosas se movían a mi alrededor como en un terremoto, y yo sólo quería que todo volviera a la normalidad.

—Tess, estoy mala —anunció.

La respuesta a la pregunta que no me atrevía a hacer. Esperé a que continuase con un «No pasa nada, porque...», pero no fue así.

—Mala, ¿de qué? —pregunté presa del pánico.

Cuando estaba embarazada de Hope, le habían diagnosticado cáncer de mama y, aunque no le habían hecho quimio hasta después del parto, se recuperó. Tras muchas visitas periódicas, unos meses antes le habían dado el alta.

—Tengo cáncer de ovarios y se me ha extendido al hígado —explicó—. Debería haber ido antes al médico, pero creía que eran malas digestiones.

En el piso de abajo, Hope cantaba una melodía que me sonaba, pero no alcanzaba a distinguir qué era.

Mi cerebro trataba de visualizar a mi madre antes de mi partida. Algo cansada, quizá, y preocupada, aunque yo había pensado que era por mis exámenes. Porque ella siempre me apoyaba. A la hora del desayuno conseguía que Hope no hiciera ruido mientras yo repasaba los apuntes a toda prisa en la cocina. Cuando regresaba a casa, me hacía un té, y si yo tenía ganas de hablar, me escuchaba; si no, fregaba los cacharros o picaba verduras. Una presencia silenciosa y útil.

¿Cómo podía haber sido tan egoísta de no darme cuenta? ¿Cómo podía haberme ido de vacaciones?

—No podrías haber hecho nada —apuntó mi madre, que me leía el pensamiento.

—Pero ¡la última prueba estaba bien!

—Sí, pero era del pecho.

—¿No te miran el resto del cuerpo?

Mi madre se llevó un dedo a los labios.

Hope subía la escalera. La canción era la de *David el Gnomo*, pero ella cantaba «Son siete peces más fuertes que tú».

—«Y siempre estoy de buen humooor.»

En cuanto entró en la habitación, las dos forzamos una sonrisa.

—Tengo hambre —dijo.

—¡Claro! —Me levanté de la cama de un brinco—. Ahora te hago la cena.

Si necesitaba alguna prueba más de lo mal que estaba la situación, el frigorífico vacío me servía. Aunque nunca habíamos sido una familia con mucho dinero, en casa nunca faltaba la comida, así que de pronto me enfadé con mi padre. Su división del trabajo era muy tradicional: él era quien ponía comida en la mesa, y mi madre, el ama de casa. Pero en circunstancias como aquéllas, ¿no podría haberse esforzado? Me lo imaginé en el pub, sintiendo lástima de sí mismo mientras sus amigos lo invitaban a pintas. Siempre estaba quejándose de la mala mano que le había repartido la vida.

En uno de los armarios encontré una lata de Heinz de espaguetis con salsa de tomate y metí una rebanada de pan en la tostadora.

Hope no me quitaba ojo, pero yo estaba tan abrumada intentando absorber las nuevas circunstancias que no se me ocurría nada que decirle.

La salsa de los espaguetis empezó a hervir en el fogón.

Volqué aquel revuelto recocido encima de la tostada y me acordé del plato de pasta al dente que habíamos comido el día anterior en Fiesole, del sabor a mil tomates de cada cucharada de salsa y de Florencia, que desde la distancia parecía el fondo de

un cuadro de Leonardo. Ahora me parecía tan lejana que podría haber pertenecido a otra vida.

El diccionario confirmó que *plañidero* significa «lloroso» y «lastimero». Viene del latín *plangere*, «batirse el pecho con pena».